

KARINA FASSI

ABRAZAR LA VIDA



AGRADECIMIENTOS

Dedico este libro a mi mamá, Ana Grondona — la mujer más fuerte que he conocido— quien me enseñó lo más importante: los valores, a luchar por mis sueños, ser honesta, decir siempre la verdad, ser buena persona, amar lo simple, ser libre e independiente. Me dio alas para volar, me demostró con actitudes y consejos la manera de encontrar la felicidad y vivir plenamente a pesar de los obstáculos que tuviera que enfrentar.

A mis hermanos Héctor y Walter, mis cuñadas Viviana y Verónica, mis cinco sobrinos que llenan de luz e iluminan mis días Máximo, Martino, Gianella, Tiziana y Valentino.

A los médicos que me ayudan a tener mejor calidad de vida, solo ellos, mi familia y yo sabemos la lucha de todos los días para mantenerme bien.

A Nidia Burgos que colaboró con correcciones y gracias a su valioso aporte de experiencia y sabiduría pude publicar mis dos libros; sin su apoyo no hubiera sido posible concretar tan ambicioso sueño.

ÍNDICE

<i>Página</i> 9	PRÓLOGO
<i>Página</i> 11	INTRODUCCIÓN
<i>Página</i> 15	ABRAZAR LA VIDA
<i>Página</i> 19	TENGO UN SUEÑO QUE ME QUITA EL SUEÑO
<i>Página</i> 19	NO RENUNCIES A TUS SUEÑOS
<i>Página</i> 33	SUEÑOS DE LIBERTAD
<i>Página</i> 45	BRASIL, LA TIERRA QUE ME DA FELICIDAD
<i>Página</i> 47	AL OTRO LADO DEL MUNDO
<i>Página</i> 65	MALASIA Y LA SOLIDARIDAD DE SU GENTE
<i>Página</i> 69	LA VIDA TE PONE OBSTÁCULOS, LOS LÍMITES LOS PONES TÚ
<i>Página</i> 75	NO HAY MEJOR MAESTRA QUE LA VIDA EN CONSTANTE MOVIMIENTO
<i>Página</i> 93	MENSAJE FINAL

PRÓLOGO

De pronto el agua se vuelve oscura, porque es una zona profunda o porque la tierra que se encuentra en el fondo es negra, o hay vegetación o algas oscuras, o el oleaje es fuerte, o la corriente deja de ser a favor y se vuelve en contra o de costado y te arrastra llevándote para otro lugar.

Nadar en aguas abiertas me ha enseñado a enfrentar la vida y aprendí que cuando me toca pasar por circunstancias difíciles u oscuras debo levantar la cabeza, mirar hacia adelante, visualizar la orilla o el punto de llegada y bracear con más fuerza, jamás quedarme quieta o estancada en el lugar que no me gusta.

Recuerdo que una vez nadando en el lago Lácar en San Martín de los Andes en la Patagonia Argentina, el agua estaba muy helada y yo estaba cumpliendo un desafío de 3200 metros. Muy cerca mío sentía la lancha de Prefectura e ignoraba que se habían comunicado con personas de la organización del desafío Nonthué para informar que había una chica a la que se le hundían las piernas y temblaba mucho por lo que iban a proceder a retirarla, puesto que llevaba mucho tiempo en el agua y podía sufrir hipotermia. Por suerte para mí, los organizadores me conocían porque ya había estado en eventos anteriores y le dijeron

a los señores de Prefectura que si yo no paraba de nadar o pedía ayuda, que no me sacaran del agua, porque... Kari es así! Se le hundan las piernas y tiembla normalmente, además faltaban pocos metros para llegar. Mientras tanto yo no dejaba de bracear, jamás me detuve, jamás abandoné mi sueño, al contrario, nadaba con más fuerza intentando llegar a la orilla; pero algo raro ocurrió... empecé a sentir un ruido extraño, cada vez ese sonido era más fuerte y comprendí que coincidía con mis brazadas y que era el sonido de los aplausos de la gente y de los demás nadadores que habían finalizado el desafío y me alentaban con sus palmas al compás de cada brazada para que no me detuviera, para que siguiera adelante, para que Prefectura no me sacara del agua... Finalmente al llegar a la orilla la ovación de bienvenida fue un momento que nunca voy a olvidar...¿Quién me quita ese momento? ¿Quién me quita esa emoción? ¿Quién puede borrar ese sonido tan fuerte y hermoso de mi memoria? Y aprendí que si no bajo los brazos, si no abandono mis sueños, luego llegan las recompensas.

INTRODUCCIÓN

Quiero dejar una huella bonita de mi paso por la vida, sembrando una buena semilla a través de mis libros; sé que no es fácil y que la mayoría del tiempo siento que voy remando en dulce de leche para conseguir cada una de mis metas y proyectos.

Aprendí que la perseverancia y no bajar los brazos rinde sus frutos y a lo largo del tiempo aquello por lo que lucho lo puedo lograr; que esa búsqueda de sentirme viva, se traduce en emociones que algunas veces me cuesta explicar con palabras; reconozco que hasta me resulta difícil creer el camino recorrido desde aquél día en que me encontraba en el vestuario de natación de un club del que no me animaba a salir por la imagen desfavorable que pudiera causar que me vieran en traje de baño, con mis piernas flacas, sin equilibrio ni fuerza, ni masa muscular, con cicatrices, además de mi temblequeo característico; me costaba dar pasos y llegar hasta el borde de la pileta era un abismo gigante.

Las secuelas de la espina bífida habían dejado serias consecuencias en mi cuerpo, pero sobre todo habían hecho estragos en mi autoestima. La lesión en mi médula ósea era de nacimiento, pero mi falta de confianza y de que-

rerme se había forjado con el tiempo y las circunstancias; pero tomé la decisión de animarme a salir a intentar una calidad de vida mejor, vencer los miedos y asumir los ejercicios como remedio diario para no seguir atrofiándome y quedar en una silla de ruedas.

En ese momento mis sueños eran pequeños, solo quería mantenerme en pie y mejorar, pero no imaginaba que con el tiempo esa rehabilitación pasaría a llamarla entrenamiento y esa idea de superarme día a día iba a crecer tanto hasta empezar a nadar aguas abiertas en lagos, ríos y mares de todo el mundo, de verme nadando en lagos del sur de la Patagonia Argentina tales como el Nahuel Huapí, Aluminé, Correntoso, Gutiérrez, Espejo, Lacar, Chocón; en ríos como el Negro, Colorado, Quequén y también el Mar Argentino; de tardar tres minutos y medio en nadar tan solo cincuenta metros, a nadar dos kilómetros por hora y llegar a recorrer diez kilómetros de mar abierto. Despertarme en Italia y tener la oportunidad de inaugurar y cerrar el Mundial de Aguas Abiertas con los treinta mejores nadadores del mundo en la bellísima Isla de Capri hasta Nápoles o unir Cancún con la Isla Mujeres, nadando diez kilómetros por el Caribe Mexicano; o el imponente Río Hudson en Nueva York, luego en Brasil, Colombia hasta llegar a unir Europa y Asia en el Estrecho del Bósforo en Turquía.

Hay personas que dicen que es suerte, pero yo creo que la suerte hay que generarla, otros dicen que es algo mágico, pero creo que la magia es aquello que el universo crea una vez que has hecho tu parte.

Lo mismo ocurre en mi profesión y en cada cosa que hago; de no animarme a cruzar una avenida por temor a ser atropellada porque caminaba lento y el semáforo cambiaba antes de terminar de llegar al otro lado, donde se encontraba la Universidad, a llegar a ser contadora, ejercer mi profesión, trabajar, ser independiente económicamente, comprar mi propio departamento, viajar y no deberle nada a nadie.

Yo creo que debemos atrevernos a crear la vida de nuestros sueños a pesar de los obstáculos, a mantener encendida la llama de nuestro interior y que brille más que el sol, la luna y las estrellas iluminando el mundo.

Quizás no existan los finales felices, pero puedo asegurar que vale la pena luchar por tener una linda historia, una buena vida.

Ahora me veo en el lugar al que quería llegar y me doy cuenta que era más fuerte de lo que pensaba y más valiente de lo que creía. Empecé por perder el miedo a vivir.

Veo que he capitalizado positivamente todo lo que sucedió, porque si bien no elegí nacer con espina bífida, debido a ese problema soy la que soy hoy y la fuerza que tengo. Aprendí a resolver los obstáculos como cuando nado en aguas turbulentas, en las que en lugar de quedarme quieta o asustada viendo el fondo oscuro, nado con más fuerza, mirando hacia adelante para salir pronto de esa situación.

Pude reconocer el poder que tengo y entonces cosas maravillosas empezaron a pasar en mi vida, me volví una persona libre y desde el momento en que siento que confío en mí misma ya nadie puede detenerme.

ABRAZAR LA VIDA

Elijo este título para mi segundo libro porque es lo que hago todos los días, porque el abrazo es algo hermoso, es poder apoyarse en el otro, es saludable, porque no abrazas a alguien por el que no sientes nada, porque es amor, es la mejor manera de demostrar cariño, es genuino, es sanador y porque amo la vida por encima de todas las cosas y la abrazo aferrándome a ella muy fuerte, la cuido y la protejo.

Cuando me preguntan si al nadar aguas abiertas no siento miedo o que mi vida está en peligro, suelo responder: amo la vida y lo que intento es disfrutarla y no voy a hacer locuras ni nada para arriesgarme; en segundo lugar, amo la libertad; esa oportunidad de armar la mochila y salir a buscar un nuevo viaje, un nuevo destino, mucho aprendizaje, siempre respetando la naturaleza, los animales, el medio ambiente. Por eso en las tapas de mis libros me ven junto a delfines o elefantes, porque los amo y los abrazo como a mi familia y muchas veces no quiero soltarlos. Quisiera que ese abrazo fuera eterno, fuerte, pero a la vez suave y cálido, que dé bienestar y tranquilidad, que sientan mi corazón latiendo más acelerado cuando los abrazo. Muy seguido utilizo la frase: “te abrazo con mi corazón”, mientras eso pase significa que estoy viva

y te doy lo mejor que tengo, lo comparto con vos, como este libro que espero te sirva para ver y vivir una vida más linda, para contagiarte mis ganas, para que te des cuenta que tal vez no estás brillando intensamente.

Mientras hay luz, hay esperanza y esa luz va iluminar el camino. Hablo de la luz interior que todos tenemos y que nos hace brillar. Suelo comparar la luz y la fuerza de nuestro interior con la lava del volcán, que nada la detiene y llega hasta donde debe llegar; es imponente, arrasadora, asombrosa, incandescente, fuerte, imparable; así debemos ser, así debe ser nuestra fuerza interior al momento de encarar un nuevo desafío y también aportar nuestra gotita.

Teresa de Calcuta una vez dijo algo así: “Lo que hago es una gotita en el mar, pero si no lo hiciera al mar le faltaría una gotita”.

En este libro intento hacerles llegar ese abrazo lleno de luz y amor, para que vivan y disfruten la vida, porque es maravillosa y todos los días tenemos la oportunidad de abrazarla, quererla, cuidarla y de aportar nuestra gotita para un mundo mejor. Que cada día de nuestra existencia intentemos ser mejores personas y dejar una huella linda en este mundo en el cual estamos de paso.

Yo sé —a pesar de ser una soñadora— que la realidad es difícil de cambiar, que no puedo solucionar las cosas malas que pasan en el mundo, pero al menos intento aportar mi humilde granito de arena, mi gotita, porque soy realista también, el bien y el mal existen, forman parte de la naturaleza humana, gente buena y gente mala nos cruzamos todos los días y seguramente personas con actitudes malas no van a leer mi libro, pero eso no es excusa suficiente para al menos intentarlo. En el mundo convivimos todos los días con noticias de asesinos, violadores, gente que maltrata criaturas, traficantes de drogas, personas que aún sabiéndolo contaminan y destruyen el planeta, sin importarles nada. Actitudes repudiables que yo no puedo entender y me pregunto ¿Cómo puede ser tan retorcida la mente humana? Solo me genera dolor y angustia pensarlo, lo más probable es que esas personas no lean mi libro, pero seguramente algún chico en alguna escuela o en algún lugar lo va a leer y va a aprender que lo más valioso que tenemos es la vida y debemos cuidarla, protegerla y respetarla en cada uno y todos los seres de esta tierra.

TENGO UN SUEÑO QUE ME QUITA EL SUEÑO

Siempre digo que cada uno es artífice de su destino, cada persona elige cómo quiere vivir. La vida es un conjunto de decisiones y momentos, estoy convencida que debemos tomar decisiones que nos lleven a la mayor cantidad de momentos felices; en teoría sería lo ideal, pero en lo práctico, en lo real, algunas veces nos ocurren cosas que no decidimos, que no elegimos, que llegan a golpearnos y sacudirnos como si fuesen un baldazo de agua fría con cubitos helados en la cara y nos dejan inmovilizados; nos sentimos frágiles, aparentemente sin fuerzas para seguir adelante; sobre todo si se trata de problemas de salud; el resto no son problemas para mí. La vida me ha enseñado que si tengo salud todo lo puedo.

Cuando nos debemos enfrentar a una realidad adversa, frente a un problema de salud, como en mi caso enfrentar un diagnóstico de espina bífida mielomeningocele y todo el combo de secuelas, creo que encontré la manera: es a través de los sueños. Al menos a mí me sirvió y mucho. Les cuento como lo hago: frente a una realidad adversa lo que intento es por un instante, aunque sea por un pequeño

instante, escapar de esa realidad generando un nuevo horizonte en mi mente y empiezo a soñar.

Yo le llamo sueños a imaginar algo lindo para mí, algo que me guste, que me haga feliz; pueden llamarle metas, objetivos, eso que les genera una sonrisa más grande que su cara, eso que les hace latir fuerte el corazón, que les genera adrenalina, euforia, entusiasmo solo de imaginarlo; pero cuidado... no hablo de construir castillos en el aire, hablo de sueños que desde el primer momento siento posibles, reales. Los visualizo y me veo cumpliéndolos, luego inevitablemente vuelvo a la realidad, pero ya hay una gran diferencia, vuelvo con otra actitud, porque tengo un sueño por cumplir y esa actitud me ayuda a enfrentar el problema de otra forma, porque me siento motivada y encamino mi vida a cumplir ese sueño, a hacerlo realidad y obtener la fuerza necesaria para seguir y salir bien parada de cada obstáculo que aparece en mi camino, porque estoy segura que si lo hago, algo mejor me estará esperando.

Les aseguro que así es como las cosas buenas aparecen, fluye todo de manera increíblemente simple; todo es más fácil, todo es más claro y las recompensas empiezan a aparecer; son premios que la vida me da por no bajar los brazos.

Cada sueño me quita el sueño por las noches y me hace despertar feliz por las mañanas. Me encanta dormir con

las persianas abiertas y despertar con los rayos de luz del sol que entran al amanecer, es un momento que disfruto plenamente, luego ir a la cocina donde es un placer sentir el olor del café para luego preparar café con leche; el olor del pan tostado, abrir la heladera y encontrar un dulce casero que me regaló mi mamá (en realidad eso no es simplemente un dulce, es amor concentrado en un frasquito). Así empiezo mis días, valorando esas pequeñas cosas; otras personas tal vez no lo ven, pero yo valoro todo, la cama, las sábanas, la ducha calentita, escuchar música suave o los pájaros que cantan, me encanta el sonido de los grillos o el ruido de las hojas de los árboles agitadas por el viento, ver las nubes, escuchar la lluvia, sentir el olorcito de las flores.

Luego de tan hermoso despertar y esos regalitos que yo misma me hago empiezo a planificar mi día: trabajar, entrenar, estudiar, obviamente todo encaminado a cumplir mi próximo sueño que con actitud positiva tengo la certeza que pronto será realidad.

NO RENUNCIAS A TUS SUEÑOS

No bajes los brazos nunca, “persevera y triunfarás” dice un dicho popular y doy fe que es muy cierto.

Cuando apenas pasaron quince días de la publicación de mi libro *El Poder de Querer*, me quedé sin empleo. Me echaron de la empresa donde había trabajado los últimos doce años. En ese momento yo estaba a punto de viajar a Estados Unidos a cumplir un gran y hermoso desafío: en las imponentes aguas del río Hudson, pasar nadando delante de la Estatua de la Libertad; pero el 28 de julio de 2016, a las ocho de la mañana, sonó el timbre y me avisaron que había una carta documento para mí y por debajo de la puerta me la alcanzaron... Era muy cortita la frase... A partir de esa fecha prescindían de mis servicios. Me acababa de quedar sin empleo y sin obra social, lo cual era muy preocupante porque no podría continuar con mi tratamiento y rehabilitación de las secuelas de la espina bífida. En primer lugar se me ocurrió llamar a mami y contarle lo sucedido y como siempre, ella a través de sus sabias palabras, supo tranquilizarme: —no pasa nada, no te preocupes, de hambre nunca te vas a morir, vas a salir adelante como siempre lo hiciste— me dijo.

Luego más calmada, pude pensar y pasaron dos horas, salí a caminar y a repartir currículos. Eso fue lo único que se me ocurrió hacer, sabía que si me quedaba en el departamento me iba a angustiar y eso es lo peor que me puede pasar. Realmente fue una muy buena decisión, porque a donde iba, mostraba la carta que decía que me había quedado sin trabajo ese mismo día y hubo personas que se solidarizaron conmigo. Por ejemplo un señor de recursos humanos de una empresa que visité me preguntó: Cuántos currículos imprimiste? —Muchos, le dije y me contestó: dejame dos o tres y se los entrego a algunos contactos que tengo.

Ese fue un muy lindo gesto y en ese momento me sirvió muchísimo; en contraposición, me acordé de la actitud de mi jefe en el trabajo: recuerdo el día anterior al despido, terminé mi tarea, apagué la computadora, lo miré y le dije hasta mañana y me contestó con una sonrisa —Hasta mañana Kari!. Sin aviso, al otro día me dejó sin empleo. Luego del despido me envió a mi casa una bolsita con la campera que había dejado colgada en el espaldar de la silla y una taza que dejé en el escritorio donde todas las tardes me preparaba un té o un café. Nunca más volví y finalmente la empresa cerró sus puertas quedando más de mil familias sin empleo.

Las crisis sacan lo mejor y lo peor de las personas. Cuando trabajaba en la empresa yo veía mal algunas cosas y que todo iba empeorando día a día, hasta el punto de soportar situaciones muy estresantes, tanto que al salir del trabajo, mientras esperaba el micro para llegar a casa vomitaba, como una manera de descargar el estrés que había acumulado en aquél lugar. Hubo días que no alcanzaba a llegar ni a la esquina de la parada de ómnibus, cada vez mis vómitos eran más frecuente. Dicen que lo que sucede conviene y creo que si yo hubiera seguido soportando y trabajando allí, me hubiera terminado enfermando. Recuerdo que un día salí muy angustiada porque una compañera de trabajo me había tratado muy mal y hasta insultos recibí, mientras esperaba el micro (parece que cuando más lo necesitas... más tarda en llegar), exploté en llanto y no podía parar. De pronto una señora que tenía su casa justo detrás de la parada del ómnibus salió y me preguntó qué me pasaba. —Nada. No se preocupe. Pero la señora me dijo: no voy a dejarte así! Decime dónde vivís y te llevo. Y antes que me diera cuenta, sacó su auto del garage y estaba con la puerta abierta esperando que subiera a su coche rojo. Es increíble, pero algunas veces personas que ni conoces, que ni siquiera sabes su nombre, te ayudan, mientras otros que sí te conocen y saben de tu esfuerzo y tu lucha, te lastiman.

Pero tratando de ver el lado positivo de las cosas pienso que gracias a los doce años que trabajé allí pude comprar mi propio departamento y acceder a una buena cobertura de obra social que me permitió poder atenderme con médicos especializados en una excelente clínica de Buenos Aires.

Por la tarde, luego del despido masivo de doscientos empleados nos convocaron a una reunión, donde no apareció nadie de la empresa, solo había sindicalistas y un abogado que mejor perderlo que encontrarlo, realmente el tipo daba miedo y solo ver que ese sujeto era el encargado de defendernos era fácil darse cuenta que la situación era muy compleja. Además nos informaron que el despido no era culpa nuestra, era por causas económicas y financieras de la empresa y que era muy difícil que cobráramos indemnización, lo que me llamó la atención y dejé de escuchar lo que el sindicalista decía. Ver a mis ex compañeros de trabajo llorando y algunos con mucha congoja, con mucha angustia y desesperación porque eran padres o madres de familias, tenían hijos que criar, la educación de sus hijos por pagar, créditos hipotecarios y deudas y la convicción de que sin trabajo, el mundo se les venía abajo. En ese momento, siendo testigo de lo que estaba ocurriendo, opté por levantarme e irme de ese salón donde nos habían reunido. Al salir, cuando pasaba por un pasillo oscuro me encontré con una persona que me amenazó

para que no le hiciera juicio a la empresa porque podría terminar muy mal.

A pesar de todo nunca derramé una sola lágrima, me puse a pensar qué hubiese sido mi vida si bajaba los brazos cuando un médico bahiense me dijo que mi vida continuaría en una silla de ruedas, y si pude salir de una silla de ruedas, obviamente salir de un trabajo no sería imposible. Tal vez los golpes de la vida me fueron fortaleciendo y aprendí que si tengo salud, todo, absolutamente todo lo puedo, no hay límites para mis sueños y en poco tiempo ésta sería una anécdota más para contar. Decidí como siempre enfrentar la situación adversa aferrándome a mis sueños y quería hacer realidad la posibilidad de nadar el río Hudson, pero ese no era el momento, no podía irme de viaje y saber que al volver no tendría trabajo, eso no significaba abandonar mis sueños, simplemente postergarlos para cuando todo mejorara.

Entre momentos buenos y malos transcurre la vida, creo que de eso se trata. Como dije en mi anterior libro: la vida no es color de rosa, pero si lo fuera sería muy aburrida.

Así pasaban los días y yo repartiendo currículos, me acerqué al Honorable Concejo Deliberante de la ciudad de Bahía Blanca, lugar donde poco tiempo antes me habían entregado un reconocimiento ciudadano como ejemplo

de vida y lucha diaria y les informé sobre mi situación de desempleo. De pronto sentí que estaba perdiendo mi tiempo cuando una señora que formaba parte del Observatorio de los Derechos de las Personas con Discapacidad — mientras tomaba café esperando que yo terminara de hablar— me dijo: “Sos contadora, acabas de publicar un libro, tenés herramientas suficientes para salir adelante”. Eso yo ya lo sabía, pero me sonó a que no le importaba nada y se estaba “lavando las manos”, no me iban a ayudar y me fui rápido de ese lugar.

Después llevé mi currículum a una importante funcionaria de la Universidad Nacional del Sur. Me dijo que “tenía muchos puestos de trabajo, más de trescientos cargos para cubrir y que yo tenía grandes posibilidades de acceder a un empleo”. Imaginen la ilusión y alegría que me invadió; pero seguidamente me dijo que debía esperar, porque ese puesto solo se concretaría cuando el entonces Presidente de la Nación se fuera.

—Pero si recién asume, le dije.

—Bueno, tal vez se vaya antes, pero hasta entonces...

Justo en ese momento debía estar tranquila y pensar para tomar decisiones de cómo seguir adelante. Lo que me preocupaba era que ya no tendría cobertura médica y en todo el mundo, no tenerla, es un problema y más aún si

tienes una discapacidad o como prefiero llamarle capacidad diferente, pues como dije en mi libro anterior, lo que cambia y se multiplica es el esfuerzo que debemos hacer, no solo yo, sino cualquier persona.

Al quedarme sin empleo yo no iba a poder seguir aportando las cuotas mensuales y obviamente se extinguía la obligación de solventar mis costos médicos. Incluso cuando pagaba las cuotas de mi obra social, me vi obligada a ver un abogado para realizar juicios de amparo para poder acceder a las valvas ortopédicas que me sostienen las piernas, pues no tengo la sensibilidad, la fuerza, ni la masa muscular que necesito para caminar.

Ahora ya no tenía obra social, debía solucionar ese tema y decidí viajar a Buenos Aires y hablar con los médicos de la clínica donde me habían operado en septiembre de 2008, quienes mejoraron bastante mi manera de caminar. Además me habían ayudado a mejorar las secuelas de la espina bífida.

Aquel día obtuve tranquilidad porque en principio no sería necesario realizar nuevas cirugías en mis piernas y ahora mi tratamiento se basaría en hacer actividad física. Solo debería asistir a la clínica una o dos veces al año a control y lo más agradable fue escuchar al médico decir que podía contar con él si lo necesitaba. En ese momento

fue bueno escucharlo. Vino a mi memoria la desagradable frase del médico de Bahía Blanca “la vida continúa, en silla de ruedas pero continúa!”, para lograr que me resignara luego de una operación con muy malos resultados.

En realidad yo considero que nadie tiene la bola de cristal y es difícil adivinar el futuro y sobre todo en medicina donde todo cambia continuamente y aparecen avances impresionantes.

Al salir de esa clínica parecía que todo se iba encaminando. Luego subí a un tren subterráneo para llegar a la estación de micros y de allí emprender el regreso a casa en Bahía Blanca, luego de más de diez horas de viaje. Realmente se viaja muy mal en ómnibus que yo llamo carros lecheros porque entran en muchos pueblos y ciudades hasta llegar a destino.

En el subte pude conseguir asiento y escuché que sonaba mi teléfono. Evidentemente era mi día de suerte, aunque estoy convencida que a la suerte hay que generarla, nada sucede porque sí nomás. En principio no me animaba a atender, porque en la Argentina hay mucha inseguridad y sacar el teléfono de mi bolso justo en un subte lleno de gente, no era buena idea; existía una gran posibilidad de que me robaran, pero sonaba tan insistentemente que me delataba; entonces decidí atender y llegó la sorpresa:

—¿Sos Karina Fassi?, quedate tranquila, ¡ya tenés trabajo!. El llamado era nada más ni nada menos que del intendente de la ciudad, Héctor Gay. A decir verdad no había dejado puerta sin golpear y repartí currículos por todos lados. “Vergüenza es robar” dice siempre mi mamá y eso me dió el empuje necesario para animarme a pedir trabajo en todos los lugares a los que pude llegar, incluido el intendente. Sentí una alegría que no se imaginan, en mi cara se dibujó la más grande de las sonrisas; ya empezaba a cambiar el viento y se ponía a mi favor. Al tener trabajo podía ir pensando en la posibilidad de que al año siguiente otro gran sueño fuera realidad: Nadar delante de la Estatua de la Libertad en Estados Unidos.

Resiliencia es la capacidad de hacer frente a las adversidades de la vida, transformar el dolor en fuerza motora para superarse y salir fortalecido de ellas, una persona resiliente comprende que es el arquitecto de su propia alegría y su propio destino, la verdad es que me identifico mucho con esto.

SUEÑOS DE LIBERTAD

¿Hay algo más lindo que sentirse libre? Creo que es la obsesión de toda mi vida, luchar por la libertad. Es una sensación inexplicable cada vez que armo mi mochila y coloco en primer lugar el pasaporte para emprender un nuevo viaje, un nuevo desafío, no tener compromisos, ni ataduras, o deberle explicaciones a nadie y ser tu propia guía; armar la logística e itinerario del recorrido que vas a hacer y los cuidados que vas a tener, el tiempo que te vas a alejar de tus seres queridos, de tu casa, tus cosas, vas a tomar tus propias decisiones y te haces cargo de las consecuencias. No depender de otros, ni que otros dependan de vos, eso para mí es sublime.

Recuerdo el tiempo que estuve en silla de ruedas luego de una operación en mi tobillo (una de las secuelas de nacer con espina bífida es tener malformaciones congénitas en los miembros inferiores; por eso mis problemas para caminar) No quería ser una carga para nadie, no quería que nadie empujara la silla, quería ser independiente y algunas veces pienso que esa es la explicación a no tener pareja, un marido, un compañero de vida, no quiero depender de otra persona, ni que dependan de mí, necesito sentirme libre en todas las formas posibles.

Al nadar experimento una sensación de vitalidad principalmente, pero también de mucha libertad, por eso luego de cruzar nadando diez kilómetros desde la playa de Cancún a la isla Mujeres en el Caribe Mexicano, cuando por la noche salimos a cenar y a festejar el logro del gran desafío, mi querido amigo Coco Jorge Villegas me habló de realizar otro desafío en el imponente río Hudson en Nueva York y pasar nadando delante de la Estatua de la Libertad. Me pareció que no debía perder esa oportunidad y empecé a fantasear con la idea de lograrlo.

Cuando logré estabilidad económica y luego de estar trabajando tranquila varios meses pude empezar a ahorrar y a planificar mi viaje.

Siempre disfruto desde el comienzo cada cosa que se me ocurre, cada pensamiento, cada momento desde inscribirme en el desafío, comprar el pasaje, buscar alojamiento, organizar mi agenda de lugares que quiero conocer, armar el botiquín de medicamentos para llevar, porque en verdad cuando viajo suelo andar mucho, por todos lados y no quiero perder tiempo, duermo poco, camino demasiado y mis valvas ortopédicas suelen lastimarme, por eso es muy importante llevar gasas, antibióticos, cremas cicatrizantes, etc.

Llegó el esperado día y viajé sola en vuelo directo desde Buenos Aires a Nueva York y fui disfrutando hasta la comida del avión que yo considero como jugar a la casita cuando era una niña, porque todo es pequeñito.

Al llegar fue fascinante ver esas calles, esas construcciones, esos edificios enormes que miras hacia arriba y parecen interminables. Luego de varios minutos llegué al hotel que había reservado por internet y estaba ubicado en un lugar estratégico en Manhattan, se llama Hotel Hudson New York Central Park y es bellissimo; la recepción muy linda y lujosa y la habitación una suite hermosa con cama de dos plazas para mí sola. Desde la ventana se veía la ciudad y miraba asombrada, sin poder creer que estaba allí cumpliendo otro gran sueño.

Sin perder tiempo quise salir a recorrer caminando y no me alcanzaban los ojos para observar todo tan bien organizado, todo funcionando, todo lo veía lindo. Pasé por un pequeño lugar de comidas y me compré quesadillas para comer al paso y seguir paseando.

De pronto me llamó la atención que había gente durmiendo en las calles, realmente en un país donde todo funciona bien o al menos eso creía, no lo esperaba y hablé por teléfono con un amigo que vive allá hace muchos años y me dijo que existen lugares para que puedan vivir y des-

cansar lejos de las calles, pero por lo general son personas adictas a las drogas y al alcohol y como en esas residencias no les permiten drogarse, prefieren dormir en las calles. Me aconsejó mi amigo que nunca les dé dinero, porque lo utilizan para comprar drogas, “si les querés comprar comida la rechazan, quieren dinero, entonces solo no los mires, dejalos, esa es la vida que eligieron”, me dijo.

Luego seguí caminando hasta llegar al Central Park, un parque muy verde lleno de flores y plantas, de varias hectáreas que se convierte en el pulmón de la ciudad, para lograr respirar un poco de naturaleza en medio de esa enorme ciudad. Se pueden realizar paseos en carruajes o en bicicletas, todo muy bonito realmente y había ardillas que se veían muy mansas y tranquilas, nadie las molesta eso me pareció muy bueno, también vi chicas lesbianas y homosexuales disfrutando, besándose y caminando de la mano. Es un país muy liberal y eso me gusta, cada cual elige como vivir sin miedos, ni dar explicaciones.

En un par de oportunidades traté de tomar taxi, pero no paraban y luego también consulté y me respondieron que en realidad son patrulleros de la policía, que están camuflados como taxis, al igual que los policías que no necesariamente están vestidos con uniformes; son estrategias para combatir el delito. Sería genial aplicarlo en nuestro país. Eso es lo bueno de viajar, se aprenden cosas y se abre la cabeza.

Gracias a un amigo con mucha experiencia en natación logré contactarme con un muchacho chileno, Cristian Vergara que vive en New York y que además es contador como yo; era uno de los encargados de la seguridad en el desafío del Río Hudson. Una mañana pasó a buscarme al hotel donde me alojaba y me llevó a una playa para que pudiera nadar y además me presentó a Lesa, una estadounidense, maestra de escuela primaria, madre de un hijo pequeño y que además estaba inscripta para el mismo desafío. Nadamos juntos y lo pasamos hermoso, había bastante oleaje, él hizo de traductor, porque yo no sabía inglés y Lesa no sabía nada de español. Ella muy amablemente me hizo una nota con la dirección exacta para que le diera al taxista el día del desafío y llegara al puerto de ferrys donde nos encontraríamos para participar juntos y lograr hacer realidad mi gran sueño. Al terminar ese día de playa me dieron las explicaciones necesarias para que me pudiera volver al hotel en subte y me manejé súper bien, llegué muy pronto y sin problemas.

Ya de noche en el hotel quise comer pastas, porque es mi manera de ir preparándome para el desafío comer carbohidratos la noche anterior, el problema era que no sabía pedirlo en inglés y la chica que atendía el restaurante no me entendía y de repente se le ocurrió llamar al chef que era mexicano. Eso fue cómico, porque se apareció junto a la mesa el chef del restaurant con su gorro enorme y todo

vestido de blanco y me dijo: ¡Ándale!... cuéntame que te gustaría cenar?. Le dije que quería comer pastas porque al otro día iba a nadar el Río Hudson y me invitó a entrar en la cocina. Aquello era un mundo de gente preparando distintos platos deliciosos y me encantó su amabilidad y predisposición, primero me llevó hasta un lugar lleno de distintos tipos de pastas y me dio a elegir las que más me gustaban, luego me llevó a otro sector de la cocina a elegir verduras y el propio chef se encargó de prepararme mi plato de pastas. Cuando lo tuvo preparado de manera tal que solo lo puedo describir como exquisito, me sorprendió llevándolo a mi habitación y con el agregado de huevos para que comiera proteínas, estuviera fuerte, con energías y me deseó éxitos y me pidió que le contara al regreso del desafío cómo me había ido. ¿Se imaginan mi alegría? Estar sola tan lejos de casa y recibir ese trato, esas actitudes, era maravilloso! Cené muy rico y me fui a descansar temprano, pero es muy común que previo a un desafío no pueda dormir, estoy muy ansiosa, nerviosa, entusiasmada, siento euforia, intento imaginar lo que puede llegar a suceder, pero todo lo que imagino siempre es poco y la realidad supera todo lo que soñé.

El 1 de Julio de 2017 fue el día en que pude cumplir el desafío de nadar el Río Hudson; llegué muy tempranito al puerto de donde salía el ferry que me llevó junto a Lesa, a Cristian, al organizador del evento que se llama Alex Aré-

valo, de México, al resto de los nadadores y al personal de seguridad hasta la Governors Island o Isla de los Gobernadores.

El desafío consistía en nadar dos millas (aproximadamente 3200 metros) alrededor de la Isla que está estratégicamente ubicada en medio del Río Hudson justo en la parte de la desembocadura en el océano Atlántico y rodeada por la Estatua de la Libertad, el puente de Brooklyn y la Isla de Manhattan. Por un instante imaginen lo imponente del lugar, ir nadando en esas aguas, levantar la cabeza para respirar y observar aquello ¡parece increíble!. Algunas personas me dicen: ¡Qué suerte que tenés!, pero no es así, a la suerte hay que generarla, hay que buscarla y luchar por conseguir lo que anhelamos, porque nada sucede porque sí nomás...

Recuerdo subir a un ferry junto a los demás nadadores y ver la pequeña pero bonita isla de los Gobernadores, los enormes acantilados de piedra que dan altura a la isla sobre las caudalosas aguas del Hudson. La emoción ya me empezaba a invadir, estaba feliz, ansiosa y nerviosa a la vez, de pronto me puse a observar el paisaje y a disfrutar. Muy despacio empecé a sacarme la ropa y ponerme el traje de neoprene grueso porque el agua estaba a quince grados de temperatura y con fuerte oleaje. Cuando estaba sacándome las valvas ortopédicas, ya que para nadar no

las preciso, se acercaron dos señores muy altos y me preguntaron si necesitaba asistencia médica durante el desafío y eso realmente me sorprendió y juro que me tranquilizó muchísimo, les dije que no, que no era necesario y les agradecía y los felicitaba por la organización. Había más de treinta kayaks, lanchas a motor, gomones, motos de agua y dos helicópteros que sobrevolaban la zona para que todo estuviera perfecto, para que nada fallara, para que la seguridad fuera excelente. Cuando les dije que no necesitaba asistencia médica, esos señores se presentaron, ambos eran médicos y me dijeron “nosotros vamos a cuidarte, dedícate a disfrutar!”. Ellos estuvieron detrás mío todo el trayecto parados en una lancha observando que no me pasara nada, a eso yo le llamo primer mundo y realmente me sentí tan, tan cuidada que solo me tuve que ocupar en disfrutar. Al momento de la largada del desafío me hicieron subir a un gomón para que me deslizara suavemente por un costado de la embarcación y no sufriera impacto al caer al agua, además me ayudaron a entrar al agua despacito y sin darme cuenta ya estaba nadando, haciendo mi sueño realidad. Sentí la fuerza de la corriente que me llevaba a gran velocidad en dirección a la Estatua de la Libertad; al lado mío, Lesa sacaba la cabeza para respirar hacia mi lado diciendo ¿ok? Y yo le respondía... Yes!. De pronto estaba frente a la estatua con la cual me siento tan identificada, justamente porque es una mujer levantando una antorcha encendida y en el otro brazo un libro.

Me veo reflejada en esa imagen. Pasar nadando delante de ese monumento, como si estuviera rindiéndole honor y admiración por todo lo que a mí me representa y lo que me inspira. La verdad fue un momento único e irreplicable en mi vida, difícil de describir con palabras. Sentía que mi corazón latía muy fuerte, estaba muy feliz y emocionada, en esos momentos me siento llena de vitalidad.

Luego continuando con el desafío y bordeando la isla empecé a sentir la fuerza de la corriente pero en mi contra. Tomé la decisión de acercarme a la costa para que la corriente no me llevara para atrás, a esa altura estaba pasando delante del puente de Brooklyn y se me acercaron los médicos y guardavidas que me preguntaron si me sentía bien y me avisaban que no me acercara tanto a la costa de la isla porque podría golpearme contra los acantilados de piedras por las fuertes olas. De a poco me alejé y empecé a ver la llegada, donde terminaba el desafío, justo enfrente de la isla de Manhattan y allí tuve que esforzarme para llegar porque la corriente era muy intensa, pero la isla hace de reparo a las caudalosas aguas del río. Al llegar me encontré con un nuevo inconveniente ¿Cómo haría para salir del agua y pasar por las grandes piedras para subir a la isla? Pero tuve fácil solución: los dos médicos que me acompañaron todo el trayecto me sujetaron debajo de mis brazos y de pronto volé afuera del agua, eran tan grandes y altos que les fue fácil subirme a

la isla y fue cómico escucharlos, porque me felicitaban y uno de ellos me dijo: *I'm your fan* (yo soy tu fan). Luego en la isla me empezaron a felicitar ¡*Congratulations!* y de pronto el nadador chileno que me cuidó desde su moto acuática y me ayudó con la traducción del inglés me dijo ¿Te das cuenta por qué te felicitan?, le dije —porque me fue bien, no tuve mayores problemas y pude terminar el desafío—. No Karina, te felicitan porque saliste primera en la categoría damas. Eso sí que no lo esperaba y no lo podía creer, era realmente la frutilla del postre y después me dijo: ¿Ves lo importante que es trabajar en equipo? A decir verdad, entre la nadadora Lesa, Alex que era el organizador y que además me cuidó en kayak, Cristian que me cuidó y además sacó excelentes fotos que atesoro y los dos médicos que no se separaron de mí ni un instante, realmente formamos un gran equipo.

Yo siento que a pesar de que viajo sola a cumplir mis sueños —fui la única argentina en el evento— tengo mi familia, amigos y varias personas que me alientan, ayudan y en cierta forma son mi equipo, me acompañan en cada brazada.

Al terminar la entrega de premios nos fuimos con Lesa, Cristian y otros nadadores a disfrutar de la playa, el sol y el mar. Por la noche regresé al hotel a comer rico, a ducharme y a descansar feliz luego de un día de muchas emociones. Para ser sincera descubrí qué es lo que busco en mi vida,

lo que me motiva: las emociones! También me di cuenta que esto es adictivo, que quiero más y voy soñando con nuevos momentos, con nuevas emociones que me hacen sentir que todo valió la pena, que el esfuerzo no fue en vano, que voy por el buen camino...

Al otro día salí a recorrer Nueva York por mi cuenta y al tomar un ferry para ir hasta la Estatua de la Libertad, varias personas se me acercaron y dijeron: *help! help! help!* mientras extendían su mano, me di cuenta que me estaban ofreciendo su ayuda para subir y caminar por el barco, para que no me cayera ni me diera un golpe ya que el piso suele ser poco estable cuando el barco está en movimiento. Nuevamente tuve la sensación de cuidado, respeto, protección. De pronto vi una imagen que me sensibilizó mucho, era una escultura del mundo, pero estaba rota, dañada, quemada, le faltaba un pedazo y estaba bastante abollada, me contaron que esa escultura había estado colocada justo en medio de las dos torres gemelas de Manhattan al momento del atentado del 11 de septiembre, donde un grupo terrorista impactó

Minutos antes de pasar nadando delante de la Estatua de la Libertad, yo con traje negro y violeta, Lesa de traje naranja

con aviones de pasajeros esas torres y se derrumbaron, pero esa escultura quedó y la conservan como símbolo de que el mundo sufrió un atentado y fue dañado, pero aún sigue en pie.

Apenas unos días después, estaba nuevamente en la Argentina, trabajando y en la rutina diaria, pero alerta y dispuesta a enfrentar el desafío que es la vida misma, siempre manteniendo la llama que existe adentro de mí, que me da fuerzas para no dejarme vencer por los problemas y preocupaciones. Sé que no es fácil, pero por eso tomo la decisión de escribir mis libros para que vean que todo es posible y que nunca deben bajar los brazos ante las adversidades. ¿Qué hubiese pasado si me rendía ante las secuelas de la espina bífida y elegía amargarme, sufrir por lo que pudo ser y quedarme angustiada viendo como se me iba la vida entre suspiros y tristeza?. No, definitivamente eso no es lo que quiero para mí.



En la Estatua de la Libertad, New York, Estados Unidos

BRASIL, LA TIERRA QUE ME DA FELICIDAD

Tiempo después surgió la posibilidad de ir a nadar a Angra Dos Reis en Brasil, con un grupo de nadadores argentinos y los desafíos consistían en unir islas pequeñas nadando. Fue muy lindo y divertido sobre todo juntarme con una mujer de Buenos Aires, Claudia Paladino, a perseguir tortugas marinas en esas transparentes y cálidas aguas; Allí pude experimentar una vivencia que jamás había imaginado. Nadar de noche, juro que es hermoso y de pronto poder conocer la luminiscencia del plancton que son pequeños bichitos luminosos que viven en el agua y con cada brazada el agua brilla.

Es mágico lo que produce la naturaleza y uno solo tiene que respetarla, contemplarla y cuidarla para que esa maravilla siga existiendo y no se pierda por culpa de los seres humanos que muchas veces actúan por avaricia, por egoísmo y por varias razones que no son más que excusas inútiles para defender el delito que están cometiendo, con total conciencia del daño irreparable al mundo, donde cada día sufrimos el calentamiento global y la contaminación del medio ambiente, porque realmente el mundo es pequeño, es nuestro único hogar y debemos cuidarlo

y protegerlo, es algo tan fácil de entender y a la vez tan difícil de lograr.

Luego de nadar alrededor de una pequeña isla contemplando el brillo del plancton nos quedamos todos quietos y en silencio, haciendo la plancha, recostados boca arriba, flotando, mirando la noche y las estrellas. Hay un antes y un después de cada una de esas oportunidades, sobre todo porque no son muchas las personas que viven intensamente, que no escatiman en placeres, en dejarse llevar por el momento y el lugar, además porque se conoce gente que le gusta hacer lo mismo y surgen nuevas amistades.

Al volver a la posada donde nos alojábamos, mientras cenábamos conocí a dos mujeres, Liliana y Rosa a quienes les gusta mucho nadar y bucear, me comentaron que planeaban hacer un viaje a conocer Tailandia y no pude aguantar la tentación de querer acompañarlas y otra vez comencé a planificar un nuevo sueño.

AL OTRO LADO DEL MUNDO

Trascurría febrero de 2018 cuando una tarde desde el aeropuerto de Ezeiza, Liliana, Rosa y yo tomamos un vuelo de la aerolínea Emirates. ¡Por Dios, qué lujo, qué belleza!, nunca en la vida había viajado en una aerolínea tan buena, excelente es la palabra para describirla. El avión hizo escala en San Pablo, Brasil para cargar combustible y luego Dubái, para terminar en Bangkok la ciudad capital de Tailandia. Al llegar me sorprendió que la mayoría de las personas usaban barbijos y luego entendí que es una costumbre bastante arraigada de la cultura asiática.

Al llegar, luego de tantas horas de viaje, fuimos a un pequeño departamento muy lindo que habíamos alquilado y que estaba a tan solo media cuadra de un mercado donde nos podíamos abastecer de alimentos, luego ducharnos y descansar.

Al día siguiente pudimos salir a recorrer templos budistas y conocer un poco de la cultura tailandesa. Pasamos por muchos lugares de comida callejera pero dudo mucho de la higiene y el mantenimiento; además es sabido que comen cualquier cosa, desde ratas, reptiles hasta insectos. Nos metimos a un mercado y en fuentones tenían peces, gusanos y hasta sapos vivos y tapados por una red para que no escaparan y ví a una persona comprar sapos

como si fuese carne para cocinar, lo sacaban vivo agarrando sus patitas traseras y le pegaban con un palo en la cabeza para matarlo y meterlo en la bolsa de las compras. Evidentemente somos culturas diferentes, pero no nos horrorizamos tanto, pues nosotros también matamos animales para comer, creo que por eso cada vez soy más vegetariana, aunque como lácteos, huevos, pero carne como cada vez menos, de vez en cuando, obviamente, no rechazo nunca un rico asado familiar.

Luego de conocer el centro y algunos templos llegó el momento de volver al departamento y no tuvimos mejor idea que hacerlo en un Tuk Tuk que es un medio de transporte urbano que por lo general es como una moto o bicicleta con tres ruedas y tiene una cabina donde viajan dos o tres personas. Lo más complicado es que el que maneja solo habla tailandés y no entiende inglés y mucho menos español, entonces utilizando el traductor del teléfono le escribimos que queríamos dar una vuelta, un paseo y luego ir hasta el departamento dónde nos alojábamos, pero surgió otro problema, tampoco sabía leer y tuvimos que encontrar alguien que le explicara, cuando al fin nos pusimos de acuerdo, el muchacho arrancó y salió despavorido por las calles de Bangkok y ahí en ese momento me puse a reflexionar que no existen controles de ningún tipo, así como no existe bromatología para controlar el buen estado de conservación de los alimentos, tampoco existen

controles de tránsito ni ningún ente regulador, de pronto me vi agarrada de un caño del Tuk Tuk y por si fuese poco el tremendo tránsito de todo tipo de vehículos, camiones, autos, bicicletas, por esas calles que ni veredas tienen, el conductor totalmente irresponsable no dejaba de acelerar y aumentar la velocidad, empecé a reír pero con risa nerviosa, porque no le podíamos decir nada, porque no nos entendía y de pronto sacó un celular, lo colocó en el volante y empezó a hacer una video llamada con su novia, amante o esposa hablando en tailandés y luego hasta se puso a cantarle una canción mientras manejaba a la velocidad máxima que daba el Tuk Tuk. Yo me reía pero cada vez estaba más nerviosa y traté de tomarlo con humor porque era muy risueño lo que nos estaba pasando y traté de no pensar en la tragedia que podía suceder; por suerte o por gracia de Dios no nos pasó nada y llegamos bien a destino.

Al otro día tomamos un tren a Chiang Mai. El viaje fue muy largo, salimos temprano de Bangkok y llegamos de noche luego de pasar por muchas estaciones. Al llegar nos esperaba en la estación

Luego del paseo en Tuk Tuk
en Bangkok, Tailandia



un muchacho español llamado Juan que habíamos contactado por internet y él nos ofrecía alojamiento en una casa muy linda, en un lugar con mucha vegetación donde nos hizo una rica cena y nos contó que su pareja era una chica tailandesa que era chef, por eso nos había preparado Pad Thai que es un plato típico a base de fideos de arroz y se le suele agregar mariscos. Además el desayuno al otro día fue muy succulento, con huevos revueltos, café con leche y dulces caseros. Juan tenía una camioneta grande que nos llevaba a modo de excursión adonde quisiéramos y entonces nos comentó que hay distintos espectáculos con animales como tigres, cobras, elefantes y yo le respondí que no me gusta el maltrato animal, que considero el respeto como un valor para los seres humanos pero también hacia los animales y el medio ambiente, que si bien me gustaría ver elefantes porque yo habitualmente no los veo. Me muero de tristeza si están atados a cadenas o atan a las crías para que su madre no se vaya, y los someten a torturas con fines de turismo. Entonces Juan nos habló de un santuario donde los elefantes están libres en campos de varias hectáreas, cuidados y protegidos, donde los podíamos ver, alimentar, acariciar y hasta podíamos meternos a bañarlos en un pequeño lago. Obviamente allá fuimos; al llegar nos dieron desayuno y nos hicieron cambiar de ropa. No hubiera imaginado salir tan sucia de la experiencia. Luego nos dieron unas bolsas y en unos canastos había una especie de palitos de treinta centí-

metros aproximadamente que eran de caña de azúcar y aproveché a llenar bien la bolsa para poder alimentarlos y fuimos al campo donde andaban los elefantes. De pronto me vi rodeada por esas hermosas criaturas y empecé a darles un palito en la trompa a cada uno, lo raro fue que no lo comían, simplemente lo tiraban y volvían a poner la trompa para que les diera más, entonces le pregunté al cuidador ¿Porqué lo tiraban, acaso estaban jugando o no tenían hambre? y me respondió que los elefantes no se conforman con migajas, que debía darles un ramillete de palitos en su trompa, así si lo llevarían a su boca y lo comerían. Qué inteligentes son y cuánto aprendí de ellos; muchas veces los seres humanos nos conformamos con migajas y nos quedamos callados, soportando cosas que no nos gustan, malos tratos o humillaciones.

En ese momento empecé a juntar varios palitos y a ponerlos en sus trompas. Así vi como los comían y aproveché a acariciar su piel áspera y rugosa. Luego lentamente se fueron a un lago pequeño a darse un baño refrescante. Una vez que se acomodaron pudimos entrar a “bañarlos”. Obviamente había que esperar a que se sentaran o acostaran en el agua, porque son animales enormes que pueden aplastarte sin darse cuenta. Con mucho cuidado entramos al agua con baldes y cepillos, ellos se quedaban quietos y se acomodaban despacito para que en realidad los rascáramos y uno metió su trompa debajo del agua unos

segundos y luego me bañó a mí con su enorme trompa que había llenado de agua, entonces entendí la razón por la que nos hicieron cambiar de ropa al llegar; además si vieran el color del agua era marrón oscuro porque los animales hacían sus necesidades en ese lago, donde me había metido hasta la cintura.

Mi hermano Walter me preguntó al ver las fotos: ¿Viste el color del agua? ¡Te pudiste agarrar una infección! La verdad que sí lo vi, pero bañar elefantes es algo que pienso hacer una vez en mi vida y no sé si voy a tener otra oportunidad de interactuar así con animales tan inteligentes y tan grandes, es más si ellos quieren en un solo movimiento te pueden aplastar, pero no lo hicieron, solo quieren vivir y merecen nuestro respeto y protección; por ello elegí una de esas fotos para la tapa de este libro, para transmitir el mensaje de respeto, protección, cuidado de los animales, el medio ambiente y del mundo que en definitiva es nuestra casa.

El lugar estaba muy bien preparado con duchas y luego de cambiarnos retornamos a descansar luego de un día de esos en los que siento que la realidad supera los sueños. Aquellas imágenes permanecerán en mi memoria y con solo cerrar los ojos vuelven como por arte de magia a mí, como uno de los tantos momentos que atesoro.

Al otro día Juan que nos llevó a conocer cascadas, campos de arroz, de frutillas y paisajes increíbles donde por la espesa vegetación se escuchaban sonidos muy fuertes de una especie de grillos que habitan el lugar; luego nos despedimos de él y seguimos nuestro viaje con destino a Phuket que es una ciudad de paso para llegar a la parte de las islas. Allí fuimos a visitar una estatua de Buda gigante en una montaña y había una altísima escalera para llegar a un mirador para ver el paisaje desde lo alto. Al bajar e ir recorriendo las calles, vimos mucha pobreza, gente durmiendo en las calles y nos hablaron de refugiados de distintos países con graves conflictos que se quedaron a vivir en Tailandia.

Por la noche salimos las tres mujeres a caminar por el centro de Phuket y me llamó la atención ver muchas casas de masajes, que en realidad son prostíbulos encubiertos, donde la prostitución, la pedofilia y los abusos a niñas y niños son moneda corriente. Todo paraíso tiene su infierno

Bañando elefantes en Chiang Mai,
Tailandia



dicen y no es casualidad que los humanos sean los creadores de ese infierno.

Al otro día salimos en un barco tailandés rumbo a las islas, a la vista, en principio no se veía nada mal, el problema fue cuando quise ir al baño y vi que solo había letrinas... pero al fin llegamos a la paradisíaca isla Koh Phi Phi, con sus aguas que van desde verdes a celestes, luego turquesas; de pronto se ven distintos tonos azules, sus acantilados enormes de piedra llenos de vegetación, donde salen pequeños barquitos como góndolas con flores en las puntas. El poco oleaje hace que el fondo del mar se vea muy claro, aunque sean zonas muy profundas.

Al llegar a Koh Phi Phi, no sé si era por el viaje o el calor, me sentía agotada y no hay taxis, ni autos en la isla, tampoco hay calles, todo se recorre a pie y te ofrecen llevar las valijas en unos carritos muy precarios con solo dos ruedas finitas y llevados por un señor como si fuesen carretillas y ¿Saben una cosa? no aguanté la tentación de subirme y que me llevara arriba de las valijas hasta el hostel donde paramos, que era una habitación compartida entre nosotras y un baño para las tres, muy modesto, pero limpio, la gente muy cordial y amable. Yo solo necesitaba una ducha y dormir, casi no podía ni hablar, se me cerraban los ojos del cansancio.

Luego de un descanso reparador y un buen desayuno salimos a recorrer la isla caminando y realmente es un lugar digno de ser conocido en la vida. Por donde mires es bonito, es paisaje, es naturaleza y de pronto empezamos a repetir el nombre de una playa que queríamos conocer, que nos habían nombrado y un señor se nos acercó para guiarnos. Me tomó la mano señalando las valvas ortopédicas que se me veían —porque como hacía tanto calor yo andaba de pantaloncitos cortos— me hacía señas con el pulgar hacia arriba para preguntarme si estaba bien. En un momento acercó una silla de plástico que encontró y me hizo señas para que me sentara y descansara; lástima que no nos entendía porque no hablamos el mismo idioma, pero luego de un rato le pudimos preguntar de dónde era y contestó que de Birmania y al hablar me di cuenta que no tenía dientes. Me dio mucha pena pobre hombre, tan amable, tan atento, tan humilde. Después de unos minutos de descanso en su silla prestada seguimos caminando y no soltó mi mano hasta que no llegamos a la playa que queríamos conocer. Recibí un gran aprendizaje de ese humilde señor que nos acompañó sin ningún tipo de interés, solo para ayudarnos en una isla del otro lado del mundo. Le quisimos pagar pero quedó muy claro que no lo hacía por dinero y se fue.

Varias veces me ha pasado que lugareños o turistas al ver que camino gracias a mis valvas ortopédicas me ofrecen

su mano para llegar a donde quiero ir. Sin ir más lejos cuando alquilamos un bote de esos pequeñitos de madera que son góndolas para conocer playas e islas cercanas había unos turistas Italianos que se ofrecieron a ayudarme a subir y bajar del bote; es algo espontáneo, solidario y sin necesidad de que pida ayuda; esas actitudes no dejan de sorprenderme.

Recorriendo esas tranquilas aguas color turquesa llegamos a la isla de los monos y nos advirtieron que tuviéramos cuidado con nuestras pertenencias porque los monos mal acostumbrados por turistas que les dan comida, suelen robar cosas y nos aconsejaron dejar nuestras cosas en el bote.

Al llegar lo primero que hice fue sentarme a contemplar aquella playa de arenas blancas, aquel agua de distintos tonos turquesa, aquel lugar tan paradisíaco. Empezaron a aparecer monos de todos lados, bajaban rapidísimo por los acantilados entre las cuevas y la vegetación. Había machos, hembras, pequeñitos, monitos agarrados de la panza de su mamá, recién nacidos, de todos los tamaños y la gente que yo no sé si es o se hace, bajaban de los barcos con frutas, galletitas, comida para poder acercarse y fotografiarlos de cerca mientras comían, pero eso no se debe hacer, porque mal acostumbran a los animales que deben buscar su propio alimento en la selva. Además la

isla queda llena de basura de envases y paquetes que contaminan y arruinan la belleza del lugar.

Mientras contemplaba lo que estaba pasando vino un chico de Guatemala llamado Enrique que me vio sentada y me pidió que le cuidara las pertenencias que no había dejado en el bote, era una pequeña bolsita roja, con un par de cosas más, mientras se daba un chapuzón en esas hermosas aguas transparentes y le dije que sí. Yo lo veía disfrutar y nadar, cuando de repente un mono me robó la bolsita roja y velozmente se subió al acantilado y se metió en una cueva que quedaba a varios metros de altura. No podía creer lo que me había pasado y quise avisarle al chico, pero de los nervios se me olvidó el nombre y empecé a llamarlo: Fernando! Fernando! obviamente el chico no me escuchaba porque se había ido lejos nadando y además porque no se llamaba Fernando. Cuando en un momento vio que le hacía señas de que volviera, regresó y me dijo que él se llama Enrique y le dije: Enrique el mono me robó tus cosas! —Decime que es un chiste, —No, de verdad me las robó y se metió en esa cueva de allá arriba. El chico empezó a subirse para buscarla porque allí tenía dinero y el pasaporte; cuando finalmente llegó, la pudo recuperar pero lo empezaron a atacar los monos, porque les estaba robando lo que ellos pretendían comer y debió tirarse desde allá arriba y cayó entre las piedras, rápidamente se levantó y corrió a meterse al agua evitando ser mordido

por los monos. Yo contemplaba esa escena muy nerviosa y otros turistas italianos me decían que no era mi culpa, que demasiado con que le cuidé las cosas, cuando debió dejarlas en el bote y que además era muy tonto e innecesario llevar el pasaporte a la isla de los monos. Al salir el chico del agua me pidió disculpas, porque si yo hubiese agarrado la bolsita con fuerza, el mono me habría mordido. Pasado el momento, nos subimos al bote y seguimos recorriendo playas tan lindas, con aguas transparentes y calientes, rodeadas de acantilados gigantes de piedra y vegetación, lugares tan paradisíacos que se usan para filmar películas.

En una de esas islas el actor Leonardo Di Caprio había filmado una película llamada “La playa” donde mostraba su belleza, lo más cercano al paraíso que conocí, pero también son famosas por los tsunamis, que han arrasado con islas enteras y dejando miles de muertos y desaparecidos en una de las tragedias más grandes de la naturaleza. Al estar allí y ver tan imponente



Isla de los monos, Tailandia

belleza cuesta creer que todo eso haya pasado y traté de disfrutar sin pensar en cosas feas o malas que pudieran pasar, aproveché a nadar, a hacer snorkel en esas aguas azules y a ver peces de colores que jamás hubiera imaginado que existían.

Un día llamó mucho mi atención un pez multicolor que era demasiado hermoso y brillaba mucho y quise seguirlo para ver si encontraba otros iguales a él o era el único en su especie.

Se metió entre unas piedras de un arrecife seguramente porque quiso protegerse de mí y de pronto estaba tan entusiasmada siguiéndolo que no me di cuenta que con mi rodilla toqué los arrecifes y me corté. De pronto vi el agua teñida de color rojo y así me di cuenta que me había lastimado, entonces traté de salir rápidamente del agua y llegar a la orilla. A la dificultad para pararme cuando no tengo mis valvas puestas, se sumó la sangre saliendo de mi rodilla por el corte. Pensaron que algo grave me había pasado, pero por suerte solo era un corte y por casualidad en la playa estaba una joven médica de Brasil que me ayudó a pararme y me acompañó hasta asegurarse de que estaba bien y sin que nada le dijera, se dio cuenta de mi diagnóstico de espina bífida por su experiencia en medicina; en la actualidad sigo en comunicación con ella a través de redes sociales.

Al llegar al hostel yo tenía mi propio botiquín para curarme el corte con cremas cicatrizantes y durante la noche luego de una ducha y de curarme la herida, recuerdo que salí a sentarme en la playa a contemplar la luna reflejada en el mar; ese es un paisaje único que no todos tenemos la suerte de poder ver muy seguido y es maravilloso, también ese es un problema porque no quiero dormir; cuando viajo siento que pierdo tiempo durmiendo y me pasa que no quiero ver las señales que me da mi cuerpo: estoy cansada, lastimada, pero igual sigo sin parar.

Al día siguiente puse el reloj despertador del celular para que sonara a las cinco de la madrugada porque quería ver el amanecer y me levanté despacito para no despertar a mis acompañantes; al salir justo delante de la puerta había un lagarto, era gris oscuro y grande, me miró y sacaba una lengua larga con dos puntas de color negro, me volví a meter a la cabañita que habíamos alquilado que era totalmente construida en madera y las camas recubiertas con tules para evitar que nos picaran insectos mientras dormíamos. Me quedé allí hasta que se fue el lagarto y me animé a salir a contemplar el amanecer. En esos lugares tan vírgenes hay mucha vida y así como apareció el lagarto pudo aparecer una serpiente o cualquier otro animal. Por las noches me quedaba hasta tarde contemplando la luna, la noche, las estrellas, las velas encendidas en la playa ¿Lo pueden imaginar? y por las mañanas quería ver el amanecer.

cer, sus colores, el suave sonido del mar con olas casi nulas o muy pequeñas... ¡Belleza!!!

Un día fuimos a conocer una playa en la que nadie se bañaba, todos tomaban sol y charlaban pero no había personas en el agua y recuerdo que nos metimos con nuestros snorkel a muy poca profundidad y sin alejarnos de la costa. Descubrimos que la playa estaba llena de erizos de mar, por eso nadie se metía para no salir pinchados por sus espinas o púas, la naturaleza es increíble!

Una mañana nos trasladamos en barco a la isla Koh Lipe. Al llegar el barco se detuvo cerca de la costa, es una isla tan simple y virgen que no había muelle y para bajar íbamos por el agua y nuestras maletas o mochilas las bajábamos nosotras mismas o las tiraban desde el barco y algunas con suerte caían en la arena, otras caían al agua, nuevamente el paisaje se repetía con aguas muy cálidas turquesas y muy calientes y llenas de vida; se comía muy rico pescado y era un lugar perfecto para hacer buceo. Yo solo había practicado buceo de tipo bautismo en Las Grutas, en Argentina y en los Cenotes en México y no me sentía con experiencia para meterme a doce metros de profundidad en el mar de Tailandia, pero el instructor de buceo Marc, un español que tiene su propia escuela de buceo llamada Pura Vida Koh Lipe además de ser excelente en su trabajo, evidentemente era una gran persona, me dijo que lo

hiciera, yo dudé y no sé si por mi falta de confianza o de autoestima o no sé bien por qué razón, le dije que no iba a ser posible porque yo no puedo usar aletas o como le dicen “patas de rana” para poder impulsarme en el fondo del mar, además el tubo de oxígeno me resulta muy pesado en la espalda y no me sentía segura. Él se ofreció a llevarme y a no soltarme nunca de la mano, además me podía meter al agua y después colocar el tubo de oxígeno y el lastre para que no sintiera el peso; aún no sé porqué le contesté que tal vez sería una experiencia desagradable para él llevarme sin soltarme, porque seguramente todos los buceadores andan sin necesitar tanta ayuda y recuerdo que me contestó: “Todo lo contrario, para mí es un honor saber que voy a llevarte a vivir una experiencia en la que lo que verás no lo vas a olvidar nunca en tu vida”. Ante esas palabras solo pude decir... sí! y me dediqué a disfrutar dos hermosas inmersiones de más de cuarenta y cinco minutos cada una en aquellas aguas llenas de arrecifes de colores y peces bellísimos, donde vi estrellas de mar color turquesa y peces de colores flúor, plantas de colores muy intensos que no parecen reales sino que hubieran sido pintadas con colores brillantes . De pronto quedamos en medio de un cardúmen y no me alcanzaban los ojos para ver tanta vida, tanta belleza. Siempre estaré agradecida de poder sentir, ver y disfrutar esos momentos únicos.

Al salir del mar llena de emoción y alegría, con una sonrisa más grande que mi cara, vi que al no sentir mis piernas no me había dado cuenta que en la rodilla que días antes me había cortado con un arrecife mientras seguía a un pez, ahora había tocado una anémona y estaba llena de ampollas por una reacción alérgica. En el bote me dieron vinagre para que le pusiera a mi rodilla para disminuir la reacción pues parecía que me hubiese caído ácido sobre la piel. Igualmente seguí adelante como si nada hubiera pasado, en ese momento la falta de sensibilidad en mis piernas me benefició porque no sentía dolor.



Luego de bucear en Koh Lipe, Tailandia

MALASIA Y LA SOLIDARIDAD DE SU GENTE

Nuestro viaje continuó sin pausas y llegamos a Malasia. Recuerdo que al llegar me solicitaron el comprobante de la vacuna de la fiebre amarilla. El cuerpo da señales que yo no había querido escuchar y una mañana desperté con mi pierna derecha muy inflamada, color morado y muy caliente, evidentemente tenía una infección y empecé a tomar los antibióticos que tenía en mi botiquín de viaje, pero ví que no me hacían efecto, era como si no los hubiera tomado y verifiqué que la farmacia que me los vendió previo al viaje, me los había vendido vencidos. Su fecha de vencimiento ya había expirado hacía mucho tiempo, por eso no me mejoraban. Me empecé a sentir mal, con mucho cansancio, como afiebrada y para ese entonces estábamos en una isla muy pequeña en medio del mar de Malasia llamada Perhentians, en medio de la nada, un paraíso terrenal pero sin tener un hospital o centro médico cerca, además lejos del embarcadero para poder tomar un barco o lancha para salir de la isla a tierra firme o al continente a conseguir al menos antibióticos; para llegar al embarcadero debía pasar primero por un morro o montaña y mi pierna no estaba en condiciones de subirlo, de pronto como por arte de magia aparecieron cinco isleños con un

carro que hicieron con dos ruedas de bicicleta y al que le pusieron una silla plástica atada y me ayudaron a subir y también mi mochila y me llevaron despacito. Primero subieron el morro haciendo fuerza entre los cinco y luego bajamos muy despacio y juro que mis lágrimas salían inevitablemente de mis ojos por la emoción de ver tanta buena predisposición, tanta ayuda, tanta solidaridad de aquellos hombres desconocidos para mí, que ni siquiera hablábamos el mismo idioma y entendí que hay personas que han sufrido catástrofes naturales, como el tsunami, donde perdieron seres queridos y pasaron momentos difíciles y que luego de lograr sobrevivir tienen una perspectiva diferente del valor de la vida. Al llegar al embarcadero les quise dar todo el dinero que tenía y no lo querían

aceptar y lo más sorprendente fue que unían sus manos como si rezaran e inclinaban su cabeza hacia abajo en señal de agradecimiento por

haber ido a su isla. Aquella actitud me marcó mucho... ¿Me agradecían? yo era quien les estaba profundamente agradecida por su invaluable ayuda, porque si no hubieran apa-



Carro con el que me ayudaron a salir de la isla Perhetians, Malasia

recido con ese carrito para subir y bajar aquel morro, no tengo idea como hubiera salido de esa isla en el medio del mar de Malasia.

Una vez que llegamos al embarcadero pudimos subir a una lancha y emprender el viaje directo a una zona más poblada y con mejores recursos de atención médica. Primero llegamos a un puerto y desde allí tomamos una combi con destino a un lugar donde había un aeropuerto para acceder a un vuelo que nos dejó en Kuala Lumpur, la capital de Malasia.

Al llegar lo primero que hice fue buscar una farmacia y mostrar la caja de antibióticos y pedir algo similar, mientras tanto ya estábamos en un lugar con Wifi y pude comunicarme con mi hermano Walter que es farmacéutico para ver si estaba bien el remedio que estaba comprando y de a poco empecé a sentirme mejor y al día siguiente pude colocarme la valva y salir a conocer Kuala Lumpur y las imponentes Torres Petronas

En las Torres Petronas, Kuala Lumpur, Malasia.



que fueron consideradas durante muchos años las torres más altas del mundo y fueron diseñadas por un arquitecto argentino. Me llamaba la atención la vestimenta de las mujeres y allí tuve que tener cuidado, porque la religión dominante es musulmana y es complicado para las mujeres, pues deben cubrirse el pelo, no mostrar la piel, aunque hacía calor debí usar pantalones largos y mangas largas por respeto a sus creencias. Algunas veces uno debe adaptarse al lugar que visita y si no te agradan esas costumbres es mejor no ir, porque podés pasar un muy mal momento y recibir malos tratos de personas que se pueden sentir ofendidas si tu forma de ser es distinta o tu cultura o religión difiere de sus creencias.

Ya faltaban solo tres días para regresar a la Argentina y nuestro vuelo hizo escala en Dubái. Con una de mis compañeras de viaje decidimos salir a recorrer y conocer un poco esa imponente ciudad, la cual es muy ostentosa y se muestra como un verdadero oasis en el desierto.

LA VIDA TE PONE OBSTÁCULOS, LOS LÍMITES LOS PONES TÚ

La vida algunas veces te da un portazo en la cara y debes usarlo para despertarte, te caes y es normal, pero levántate con más fuerza, intentá ignorar la puerta que te golpeó y mirá al costado, seguramente hay ventanas u otras alternativas, si te quedas preocupado y pensando en la puerta, seguramente no vas a ver las ventanas, no te limites a quedarte en el sufrimiento o el dolor, siempre hay formas de encontrar la vuelta de rosca que te permite salir adelante, pero debes estar atento y predispuesto a salir del pozo, a levantarte una y mil veces si fuese necesario.

Finalmente y luego de un mes de ausencia llegué a la Argentina y lo primero que hice fue comunicarme con médicos porque aunque me sentía mejor, mi pierna seguía inflamada y morada. Me trató una infectóloga y recomendó de manera urgente hacer un eco doppler porque existía la posibilidad de que en mi pierna se generaran coágulos de sangre y el mayor peligro era que un coágulo se fuera a mi corazón o a mi cerebro y eso sería gravísimo, hasta podía perder la vida ante esa posibilidad, por eso la doctora no dudó en escribir que el estudio debía realizarse con carácter de urgente. En ese mismo momento

me dirigí sin perder tiempo a un hospital de la ciudad de Bahía Blanca, donde para mi sorpresa me atendió una mujer encargada de dar turnos que me contestó que el mío era para dentro de tres meses, a lo cual le imploré que por favor leyera atentamente que el estudio era urgente y me respondió con tono de burla: “si fuese urgente estarías internada, tu turno es para dentro de tres meses”. Allí entendí que vivo en un país donde lamentablemente hay mucha desidia, palabra que significa negligencia y falta de interés, donde a ciertas personas hacer las cosas bien o mal les da exactamente igual. Hacen mal las cosas porque no saben, por desconocimiento o también por impericia o desinterés.

Hace ya varios años un chico que quiero mucho y vive en Estados Unidos sufrió un ACV (Accidente Cerebro Vascular). Enseguida llamaron a emergencias y lo trasladaron desde el lugar donde se encontraba hasta el hospital en un helicóptero y mientras tanto ya lo iban compensando y preparando para una cirugía; gracias a esa rapidez y eficiencia salió muy bien de la operación y no tuvo secuelas por el grave problema de salud que tuvo. Lamentablemente siento que en la Argentina estamos a años luz de contar con esa atención, entre la desidia y la corrupción que es como un cáncer que hizo metástasis en todo el territorio, veo muy lejana la posibilidad de cambio, de empezar a priorizar lo importante como la salud, la

educación, la cultura del trabajo y el esfuerzo para lograr mejorar la calidad de vida.

Por estas razones también me siento motivada a escribir este segundo libro: cuando veo la mala atención de los hospitales, cuando me niegan hacer un estudio que es urgente, cuando me cierran las puertas de hospitales, cuando no obtengo atención adecuada y de especialistas, porque si no tenés la obra social prepaga de valores inaccesibles para la gran mayoría de población, quedás fuera del sistema y olvidate de curarte o mejorar; por eso decido contarlo, levantar mi voz, que se visualice, me rebelo ante las injusticias y no tengo ganas a esta altura de mi vida de escuchar: “mejor no te metas, no lo digas, callate”. Sé que a través de mi voz se pueden despertar almas dormidas para que no se rindan.

No quiero permitir que esas personas que están llenas de desidia, sin ganas, sin voluntad, apaguen nuestra llama interior, nuestra luz va a seguir brillando y debemos seguir luchando por conseguir hacer realidad nuevos sueños, siempre para delante, por aquellos momentos que nos mantienen vibrando el corazón y nos impulsan a seguir sorteando día a día los obstáculos que la vida nos presenta.

En el camino hay barreras, tropezones y caídas, pero a la vez es un camino increíble que te llena el alma, donde te formás y aprendés a cada paso que lo más importante es poder seguir nuestros sueños y ver hasta dónde nos llevan.

Finalmente pude hacerme el estudio, tomar la medicación adecuada y con cuidados y reposo me recuperé totalmente de las lesiones y la infección que se me hizo durante el viaje.

Pero siento que además de desidia, recibí maltrato, es que a veces asumimos como normal que la gente nos insulte, nos ofenda, no le dé importancia a cosas urgentes o simplemente nos maltrate porque sí, porque se les ocurre, o porque creen que no te vas a poder defender, pero si estamos bien, si estamos fuertes no lo permitimos. Me hizo recordar cuando sufrí bullying; estoy segura que si yo hubiera estado fuerte anímicamente y con buena autoestima, no hubiera pasado todos aquellos momentos desagradables que pasé y no los culpo a quienes me trataron mal o me lastimaron, me culpo a mí misma por no haberlos detenido a tiempo y llegar al extremo de aparecer en mi casa lastimada, con un ojo golpeado e hinchado, sin poder sacarme la lente de contacto por la inflamación que tenía luego de recibir un fuerte golpe.

El bullying comienza con un simple chiste: —Kari mirá como caminás, mirá los lentes que tenés, mirá lo fea que

sos.... De a poco van incrementando el nivel de violencia verbal y luego comienza la violencia física; primero encontré mi carpeta con sus hojas pegadas por escupidas y solo la tiré y saqué fotocopias de la carpeta cuaderno de una amiga, pero no decía nada, me quedaba callada, creía que tal vez lo merecía, luego aquellas escupidas fueron en mi cara, luego llegó el primer golpe...

Recibir insultos, apodos feos y maltrato se hace costumbre y parece normal, pero no, no es normal y no hay que permitirlo ni quedarse callada, hay que denunciarlo, frenarlo y principalmente recibir terapia psicológica para mejorar la autoestima.

Nadie merece maltrato, jamás debemos permitirlo, espero que si alguien sufre bullying y lee estas palabras, sepa que se puede salir adelante y mejorar.

Y si alguien maltrata o lastima a otra persona o a un ser vivo debe saber que se puede vivir una vida hermosa, sin necesidad de joderle la vida a nadie.

NO HAY MEJOR MAESTRA QUE LA VIDA EN CONSTANTE MOVIMIENTO

Trato de mantenerme activa y alerta, predispuesta a aprender cada día y creo que si puedo andar y prolongar el mayor tiempo la vida útil de mis piernas, quiero hacerlo y llegar lo más lejos posible...

Un nuevo sueño empezó a dar vueltas en mi cabeza: la idea de unir Europa y Asia nadando a través del imponente Estrecho del Bósforo dónde se intercambian las aguas del Mar de Mármara y el Mar Negro, un nuevo viaje, un nuevo desafío, un nuevo destino y mucho por aprender en esta hermosa escuela llamada vida.

Gracias a mis deseos de superarme día a día empecé a tomar clases de inglés, porque me gusta viajar sola y es una gran herramienta para poder comunicarme, aprender uno de los idiomas más utilizados en el mundo.

Además la idea de viajar sola me inspira para preparar la logística y organizarme, sin depender de nadie, sin dar explicaciones, siendo totalmente responsable de las decisiones que tomo y logrando lo que siempre anhelé: ser independiente, no ser una carga para nadie, ni para mi

familia, ni para mis amigos, arreglarme sola es un privilegio y una gran fortuna que me da la libertad que he logrado.

El mundo es más chiquito de lo que muchos piensan y si las personas dejaran de mirarse el ombligo pensando en que su mundo se limita a su casa y su entorno, se darían cuenta que el mundo en realidad es nuestra casa y tal vez aprenderían a cuidarlo, a mirar con otros ojos a los demás seres y tratar de entender que con solo unas cuantas horas de vuelo te vas al otro lado del mundo y si quieres te vuelves por el mismo lugar o das la vuelta por otro camino, pero allí termina, ese es el límite de nuestra tierra, es más pequeña de lo que parece, creo que tener una visión así te cambia la perspectiva y de pronto te das cuenta que cada pedacito que se daña, en realidad se está rompiendo nuestra casa, el lugar donde habitamos, ya sea la tierra, el aire o el agua que nos rodea.

Luego de mucho tiempo de planificar, de trabajar, de entrenar en natación, de estudiar inglés, de armar la logística y hasta de solicitar un crédito al banco para poder hacer realidad mi sueño, —ya sé que hay quienes cuestionan la necesidad de pedir un crédito para viajar—. Por empezar no es la primera vez que lo hago y además el banco no te presta más de lo que puedes pagar y lo que me llevó a tomar la decisión fue que una gran amiga, Andy

Tapia que sufría cáncer, solicitaba créditos bancarios con altísimas tasas de interés para poder pagar los costos de su quimioterapia ya que su obra social no la cubría; lamentablemente ella murió y me quedó ese aprendizaje: a la vida hay que disfrutarla, es hoy y lo que te hace feliz no debes postergarlo, por ello creo que invertir en un viaje es una buena decisión aunque deba solicitar un crédito para lograrlo.

Así comencé mi viaje con destino a Estambul en Turquía. Me fui sola con mi mochila y una pequeña valija que despaché en el aeropuerto, tiempo antes me había contactado con un grupo de ingleses que querían hacer el mismo desafío y cuando me preguntaron con cuántos acompañantes viajaba, les dije que solo era yo, nadie más de Argentina participaría del evento y me ofrecieron unirme a ellos y parar en el mismo hotel. Ellos eran aproximadamente doscientos nadadores del Reino Unido y podíamos ir juntos a nadar al Cruce Intercontinental del Estrecho del Bósforo. De un costado se encuentra la orilla de Estambul Europeo y del otro lado del estrecho se encuentra la costa de Estambul Asiático; el desafío consistía en nadar seis kilómetros y medio.

Mi llegada a Turquía fue bastante complicada, dado que luego de muchas horas de vuelo llego muy agotada, con mis piernas inflamadas y las valvas ortopédicas incrus-

tadas en mis piernas; sabiendo esto, solicité asistencia y supuestamente las aerolíneas cuentan con personal de asistencia que por medio de una silla de ruedas te ayuda a llegar a la salida del aeropuerto, pero en realidad y para mi sorpresa, esa persona no estaba al llegar y de pronto vi que el avión se iba quedando vacío y la asistencia no llegaba, fue entonces cuando decidí bajarme del avión e intentar irme por mis propios medios. En el pasillo del aeropuerto de pronto vi que venía un señor con una silla de ruedas y me dijo que subiera, lo cual fue un gran error, del cual me arrepiento y aprendí que nunca más solicitaré asistencia en el aeropuerto. Al subirme a la silla de ruedas, ví que el señor se sentaba a un costado y evidentemente era su horario de alimentarse, abrió un paquete de galletitas y hasta que no lo terminó, no se dispuso a arrancar y cuando lo hizo no me llevó hacia la zona de buscar la valija y la salida, empezó a dar vueltas por largos pasillos y me llevó a un lugar lleno de policías que me vaciaron la mochila de una manera muy fea, usaban guantes y por lo que entendí estaban buscando si yo llevaba drogas, en un momento me asusté y preocupé ¿Que tal si ellos metían drogas entre mis cosas? entre las cosas desparramadas en el piso, debido a que abrieron mi mochila desde una altura de aproximadamente un metro la vaciaron dejando caer todo el contenido de mis elementos personales al piso, se encontraba mi libro *El Poder de Querer* y traté de explicarles en inglés que ese era mi libro, que era escritora y final-

mente me dejaron salir, pero la odisea no terminó allí, porque el señor que me llevaba en silla de ruedas seguía paseando por los pasillos del aeropuerto y de pronto le dije en inglés: ¿Dónde está la salida? a lo que me respondió que no me llevaría a la salida si antes no le pagaba. Esa fue mi llegada a Estambul, tuve que pagarle al señor que llevaba la silla de ruedas o no me llevaba a la salida y a buscar mi valija. Realmente el aeropuerto es gigante, muy lujoso, pero el recibimiento fue nefasto, por momentos pensé que podía quedar presa de un sistema machista que no soporta que una mujer viaje sola por el mundo y me hicieron notar que no les parecía bien lo que hago, pero a pesar de todo llegué a la salida donde me esperaba una combi que había contratado para llegar al hotel donde me alojaría con el grupo de ingleses hasta el día del desafío. Al llegar al hotel me encontré con el grupo de nadadores de Reino Unido y la verdad me sorprendieron con su calidez y buen trato.

Al día siguiente fuimos en grupo a hacer la acreditación. Posteriormente el Comité Olímpico Internacional y los organizadores de Turquía nos llevaron en un barco a hacer el recorrido por el Estrecho del Bósforo que luego haríamos nadando.

Finalmente llegó el día de cumplir mi ambicioso sueño de unir Europa y Asia nadando. Yo no dudaba, sabía que

podía hacerlo, pero las dificultades empezaron a aparecer cuando desde la organización me quisieron impedir que utilizara traje de neoprene, hasta llegaron a recomendarme que no participara, que mirara como nadaban los demás nadadores, que mirara el paisaje, a lo cual yo respondí que no, que había hecho un gran sacrificio por estar presente y no renunciaría sin al menos intentarlo, que estaba inscrita con el número 1649 entre 2400 participantes de todo el mundo y siendo la única argentina, no estaba dispuesta a rendirme y mucho menos a abandonar antes de empezar, pero la organización decidió descalificarme y me retiraron el chip que mediría mi tiempo de competencia.

Me dejaron fuera de competencia. En ese momento pensé y traté de focalizar el objetivo principal que era nadar los seis kilómetros y medio, unir Europa y Asia nadando, nada más ni nada menos que cumplir mi sueño y lo importante era hacerlo realidad, por eso a pesar de estar descalificada antes de empezar, igual me subí al crucero junto a los demás nadadores y me prometí a mi misma que lo haría, varias veces en mi vida me hice promesas a mí misma, creo que es una manera de asegurarme que no voy a renunciar.

Reconozco que me puse muy nerviosa y mi temblequeo era muy fuerte, mis manos no paraban de temblar, pero

el crucero se puso en marcha y ya estaba arriba dispuesta a darlo todo, a pesar de todos los obstáculos no me iba a rendir sin dar pelea, en realidad ya estoy acostumbrada a “remar en dulce de leche” y ésta vez no sería la excepción, cuanto mayor es el sueño, más grandes son las dificultades para lograrlo, así lo entendí en ese momento, traté de respirar profundo y me visualicé llegando al puente intercontinental que une Europa y Asia, cumpliendo así mi gran sueño, porque ese era mi sueño, mi desafío, ya no importaba estar descalificada, ni tener el chip, ¡que se lo guarden! era mi momento, lo quería disfrutar y ya no me importaban los turcos y sus reglas, tampoco quiero trofeos, ni medallas, ni reconocimientos. No me importan las cosas materiales, solo disfrutar el momento y vivir emociones.

El crucero con los 2400 nadadores salió desde la costa de Estambul europeo y subió contra corriente los seis kilómetros y medio y se estacionó del lado de la costa asiática de Estambul, luego abrió unas compuertas y desde allí se tiraban los competidores, otro obstáculo que tuve que superar, porque desde el barco hasta el agua había una altura considerable que debía minimizar en lo posible para no golpearme y sufrir el impacto al caer, por eso me senté y luego me deslicé despacio hasta quedar colgada con mis manos del borde del barco y recién allí me solté y caí al agua, primero me hundí unos metros y luego subí

a la superficie, sentí a mi lado un gomón de la prefectura turca, pero yo no los veía como seguridad o que me iban a cuidar, los veía como mis enemigos, que me iban a querer sacar del agua. Estoy segura que pensaban que no lo iba a poder lograr, pero ellos no me conocen, no conocen mi fuerza, no conocen mi lucha ni mi entusiasmo y mis ganas de superarme, entonces empecé a nadar y apunté al medio de un puente, supe que en el medio la corriente va a mi favor y en cambio en las orillas la corriente de agua viene en contra porque en el Bósforo se están intercambiando las aguas del Mar Negro y el Mar de Mármara y también me habían contado que justo la corriente del medio que iba a mi favor era más fría y en las orillas más cálida, así se diferencian las aguas de los dos mares que recorren el estrecho. De pronto pasé justo por el medio, debajo de uno de los puentes y sentí el frío de la corriente marina y ví lo mucho que avanzaba con cada brazada porque las enormes casas, mansiones y yates estacionados a las orillas los pasaba rápido y en algunos momentos tuve que decirme a mí misma: ¡Tranquila reinita! (reinita me dice cariñosamente Nidia Burgos, quien fue la directora de la editorial EDIUNS y me ayudó a publicar mi primer libro). Yo adopté ese apodo para hablarme, porque sentía que me iba a morir de emoción, sentía muy fuertes las pulsaciones de mi corazón, como si el corazón se me fuera a salir del cuerpo, estaba con mucha euforia, emoción, alegría, juro que nunca voy a olvidar aquel momento y de a poco,

se me pasaron los nervios y empecé a disfrutar, a ver los distintos tonos azules del agua. De pronto un cardumen de medusas blancas, eran miles, de distintos tamaños me acompañaban, pero nadaban a varios metros de profundidad, no iban sobre la superficie, por suerte nadé con traje de neoprene para protegerme, mientras sentía que abrazaba el agua, abrazaba la vida y abrazaba el mundo.

Nadando y disfrutando llegué a la zona dónde debía terminar el desafío, pero justo la llegada era en la orilla y para alcanzarla debía nadar varios metros en contra de la corriente y subir una escalera de metal que sin mis valvas era muy difícil de subir, realmente era imposible, entonces tomé la decisión de seguir nadando por la corriente del medio, por la corriente a favor y hacer mi propio desafío y cumplir mi sueño pasando por debajo del puente intercontinental que une Europa y Asia, simplemente nadando 500 metros más podía lograr hacerlo realidad, justo en el medio del enorme puente habían colgado dos enormes banderas turcas de tela, una roja con la luna y la estrella blanca y otra bandera blanca con la luna y la estrella roja...

Aceleré mi marcha nadando, además seguía con la corriente a favor y sentía muy cerca el gomón de prefectura que nunca se alejó de mi lado, hasta que en un momento sentí que las banderas turcas me hicieron sombra y de pronto la oscuridad de pasar por debajo de ese

inmenso puente me hizo dar cuenta de dónde estaba! y no sé porqué me salió de muy adentro de mi pecho un llanto que no podía contener, no podía parar de llorar y luego nuevamente la luz fuerte del sol me iluminaba, porque había pasado el puente y el gomón de prefectura se puso adelante mío y allí frené de nadar apoyando mis manos sobre la embarcación, me di cuenta que había cumplido mi sueño y entonces me empecé a reír, es muy raro de explicar con palabras, pero lloraba y me reía a la vez, nunca había experimentado una emoción así, a decir verdad, si no me hubiera frenado el gomón de prefectura yo creo que hasta el mar de Mármara no paraba, estaba tan feliz, lo disfrutaba tanto que no quería que terminara.

El señor de prefectura me tomó de las manos y me ayudó a subir al gomón y con los pulgares hacia arriba me preguntaba si estaba bien: ¿Good? ¿Good? y le contesté: *Im very happy...* Estoy muy feliz.

En ese momento el señor de prefectura me dijo *Congratulations!* y me llevó hasta un barco más grande y luego me llevaron a la orilla. Al llegar pedí a una persona de la organización que me alcanzaran las valvas que habían quedado guardadas en una mochila en un lugar designado por la organización del evento para guardar objetos personales. Tanto la mochila como mi gorra de natación tenían mi número de inscripción el 1649. Entonces le di

mi gorra de nadar para que encontrara la mochila y me la trajera para poderme parar y salir caminando. Eso generó una pequeña confusión porque al ver que llegué a la orilla y no me paraba se asustaron y pensaron que me sentía mal. Un nadador de India me alcanzó una botella de agua y un nadador de España me alcanzó caramelos, pensaban que se me había bajado la presión o algo así, pero en realidad estaba bien, esperando mis valvas para poder ponerme las y salir caminando.

Luego de estar un buen rato en la orilla escuché la bocina de las dos horas, el desafío duraba dos horas y si no terminabas en ese tiempo te sacaban del agua, porque volvía el tránsito marítimo del estrecho que se había interrumpido para hacer la competencia, con lo cual pude deducir que terminé el desafío y más ...porque finalmente nadé siete kilómetros, mucho antes de las dos horas y además vi que mucha gente terminó después que yo. Eso me sirvió (a pesar de que me descalificaron y me sacaron el chip) para darme cuenta que mi tiempo fue muy bueno y me queda la tranquilidad de que hice todo lo mejor que pude.

Lo importante es que me di cuenta en ese desafío qué es lo que busco en mi vida. Encontré la respuesta: ¡busco emociones! y me di cuenta que todo, absolutamente todo lo que pasó... valió la pena si el resultado era sentirme así, con esas imágenes que no se van a borrar nunca de mi

memoria, ni de la retina de mis ojos y es adictivo, porque quiero más, quiero seguir sintiéndome así.

Al terminar el desafío recuerdo que me saqué fotos con nadadores de distintas partes del mundo, yo tenía una sonrisa inmensa, pero a la vez mis ojos estaban muy inflamados y se notaba que había llorado mucho por la emoción de haber logrado hacer realidad mi sueño, porque cuando yo había empezado a imaginar el cruce del Bósforo, siempre me veía nadando y pasando debajo de ese puente que los Turcos muestran en todas sus series y películas, es como el obelisco para la Argentina, es un símbolo, una enorme construcción que los identifica y muestran orgullosos al mundo, por eso encuentro la explicación de mi llanto al darme cuenta de dónde estaba y lo mucho que me había costado llegar hasta allí, todos los obstáculos que había tenido que pasar para vivir aquel instante.

Luego retorné al hotel con el grupo de ingleses y necesité descansar para recuperarme física y emocionalmente.

Al día siguiente comencé a hacer turismo por lugares atractivos de Turquía y a medida que iba recorriendo y conociendo me daba cuenta que es un país bellísimo, muy recomendable para visitar y hubo cosas que me gustaron mucho, por ejemplo me comentaron que la educación en los niños es una obligación, aquí en la Argentina deci-

mos que es un derecho, pero no es suficiente, hay mucha pobreza e ignorancia, muchos chicos no saben leer, ni escribir. Allá es obligación y si un niño no va al colegio, si es necesario se lo sacan a la familia y queda en un colegio viviendo para que pueda recibir educación, sin faltar a clases; además tienen muy arraigada la cultura del trabajo y desde pequeños ya empiezan a ganarse su sustento, pero es más importante su educación, por eso es obligación de los padres que todos los niños asistan a la escuela y se capaciten.

Pero otra cosa que me llamó la atención es la gran desigualdad de género. Por ejemplo Turquía no tiene control ni estadísticas de femicidios, las mujeres suelen ser muy maltratadas y no hay leyes que las protejan. Al pasar por fábricas de alfombras tan características, de excelente calidad, veía a las tejedoras sentadas en el piso o arrodilladas tejiendo; el hilo de seda corta sus manos y muchas tienen serios problemas de vista y hasta ceguera por su tra-

Cruce del Bósforo,
Estambul, Turquía



bajo artesanal que forma parte importante de la economía por las exportaciones.

Particularmente ví que la religión más practicada es en mezquitas y vi a las mujeres musulmanas muy sumisas y no podía entender que deban tapar su rostro, su pelo, su piel con telas y en un lugar de comidas ver a una mujer meterse comida en su boca rápidamente y masticar detrás de las telas que cubrían su rostro. Me impactó y sentí lástima por ella y bronca e impotencia por su marido que la obligaba a actuar de esa manera mientras él comía libremente con su rostro totalmente descubierto y cómodo. Entendí que los musulmanes son muy machistas y maltratan a las mujeres.

Siguiendo con mi recorrido llegué a Capadocia con la idea de hacer un paseo en globo por encima de las construcciones de rocas. Realmente el paisaje es imponente, pero nuevamente me encontré con el problema de que no me dejaron hacer esa excursión, me decían que eso no era para discapacitados y cuando traté de explicarles que podía hacerlo, se negaron a escuchar y me dijeron que conmigo no se podía hablar y es más... si insistía hasta iban a llamar a la policía y corría riesgo de quedar detenida, presa por no aceptar sus reglas, esa fue la gota que colmó mi vaso de paciencia y decidí ir al aeropuerto e intentar tomar un vuelo para irme de ese lugar.

Siempre respeto mucho la cultura, costumbres, creencias, religión y me adapto para poder andar, conocer, aprender, pero cuando no me siento segura o veo en peligro mi libertad, me voy, viajo a otro lugar donde sí me siento segura, respetada, valorada... ¡Lo merecemos todas las mujeres! Lamentablemente las mujeres de otros lugares con culturas diferentes a la nuestra no tienen la misma oportunidad, ni derechos y pido por ellas y su libertad.

A la una de la mañana salía un vuelo con destino a Atenas y me fui a conocer Grecia. Llegué pasadas las tres de la mañana al aeropuerto de Atenas y allí conocí a dos mujeres argentinas, una mujer y un hombre brasileños que querían hacer un recorrido y conocer las paradisíacas islas de Grecia, a ese grupo me uní para seguir mi camino hacia Meteoras, Mykonos, Santorini, ¡por Dios que belleza de playas! ¡qué destino imperdible para conocer! y yo agradecida de poder andar por aquellas latitudes y conocer aquellos paisajes, un nuevo mar para nadar. De pronto me vi disfrutando las transparentes y turquesas aguas del Mar Egeo, comiendo rico, andando mucho y un nuevo aprendizaje... Una tarde mientras recorría la parte más pintoresca y turística de la isla Mykonos vi un vestido y me lo quise comprar, mientras me lo probaba le pregunté a una de las chicas argentinas si me quedaba bien, era un vestido largo, pero le pregunté si se veían mis valvas ortopédicas y en ese momento se acercó el brasileño y me

dijo ¿Y si se ven qué? ¿Cuál es el problema que se vean? ¡Llévalos con orgullo! ¡Gracias a esos aparatos vos podés caminar! y ¡Mirá dónde estás!

¡Dios mío!, adónde tuve que irme a terminar de una vez por todas con mi prejuicio y mi vergüenza a mostrarme, a usar vestiditos que tanto me gustan, siempre me gustaron y nunca me animaba a usarlos, desde entonces ya no me cuestiono si me quedan bien o no y disfruto vestirme con la ropa que quiero y que me gusta y si se ven mis valvas, pues las llevo con orgullo.

Pasados varios días conociendo aquel lugar tan bonito y de compartir muy buenos momentos con ese grupo de personas tan cálidas me tomé un avión y me fui a Berlín, Alemania en busca de nuevo aprendizaje y realmente me encantó, me di cuenta que estamos muy lejos de ese país y no hablo precisamente de distancias, hablo de cultura, de educación, de bienestar, de seguridad, de infraestructura, de limpieza y puedo seguir enumerando razones que nos alejan del primer mundo.

Supe que luego de la segunda guerra mundial Berlín quedó hecha una montaña de miles de toneladas de escombros y como muestra de eso mantienen una catedral que fue bombardeada y se puede ver el tremendo impacto de la bomba que le hizo perder gran parte de la

cúpula, pero todo lo demás es nuevo, reconstruyeron en pocos años todo a nuevo, todo se ve limpio, prolijo y perfecto, todo muy bien ordenado, convirtiendo a Berlín en una bellísima ciudad.

En esa sola ciudad existen 250 establecimientos educativos de muy buen nivel, eso explica la diferencia cultural que tenemos.

El motivo por el cual llegué a esa ciudad fue porque tiempo antes supe que en Alemania existe la marca líder mundial en ortopedia y quise investigar e ir personalmente a ver lo que ofrecían en materia de valvas. La firma se llama Otto Bock y vía email establecí comunicación con ellos. El día que fui a verlos me estaban esperando y para mi sorpresa al abrir la puerta me recibieron muy cálidos y hablando en español, esto confirma mi teoría de que el mundo es mucho más pequeño de lo que pensamos, estuvimos hablando y me hacían preguntas y yo a ellos, en un momento uno de los técnicos en ortopedia dijo algo muy lindo....

Nadando en el mar Egeo, Grecia.

“Trataremos de ayudarte porque el mundo necesita más personas como tú Karina”. Aquello sí que no me lo esperaba y me quedé sin palabras pensando que todo, absolutamente todo lo que hice y hago en la vida valió la pena, sirvió el esfuerzo y renuevo mis ganas y energía para seguir adelante con todo lo que estoy haciendo porque sé que vienen lindos momentos y seguiré intentando cumplir estos sueños que algunas veces, cuando los cuento parecen una locura para muchas personas, pero lo bueno es que no dudo en que puedo hacerlos realidad y por ello lucho con todas mis fuerzas para lograrlos a pesar de los obstáculos.

Espero que este libro y el mensaje que intento transmitirles les llegue y les sirva para que disfruten una vida un poquito mejor e intenten ser cada día un poquito mejores personas y recuerden que el mundo los necesita.

MENSAJE FINAL

El corazón es el templo del alma y los ojos su reflejo, que tus ojos no dejen de brillar e iluminen el mundo con tu luz...

Finalmente y para concluir este segundo libro les pido que brillen e iluminen el mundo. Con el tiempo aprendí que debido a lo que me sucedió, al nacer con espina bífida, soy la que soy, con la fortaleza que tengo, con la actitud, la personalidad, los valores, el entusiasmo y las ganas de vivir y disfrutar, de sentir con todo el corazón, de creer que todo es posible si lo deseamos y nos proponemos lograrlo y con el tiempo todo fluye, todo cambia, todo llega y todo sana.

Que de nada sirve renegar o vivir preocupada por lo que hubiera sido, hay que aceptar lo que nos toca y aprender a salir adelante más allá de los obstáculos, que cada caída es una experiencia que nos hará más fuertes y seguramente no volveremos a tropezar con lo mismo.

Siempre levantar la mirada, mirar el horizonte y pensar en los buenos momentos que vendrán y predisponerse a disfrutarlos y valorarlos, pero recuerden que nada sucede porque sí, todo lo que deseamos debemos generarlo y

muchas veces... sin ayuda de nadie, pero no lo digo con pesar, lo digo con orgullo, porque al final sabemos que lo logrado fue fruto de nuestro total esfuerzo y eso vale mucho.

¡La vida es ahora! hay que arriesgar, jugársela, ser felices, disfrutar y agradecer cada nuevo día con la mejor de las sonrisas. No se olviden que dentro de cada ser hay una luz y se ve en el brillo de los ojos, iluminen el mundo y sean cada día un poquito mejor persona

¡Abracen la vida!
¡Abracen el mundo y llénelo de luz!
¡Buena vida!!!



En Santorini, Grecia

CONTACTO



Kari Fassi



Karifassi



kefassi@yahoo.com.ar

